

Pensar un territorio habitado sólo por niños no es un ejercicio para nada difícil. Basta cerrar los ojos para que a nuestra memoria llegue, con la celeridad de un disparo, el Pinocho de Disney –mucho antes que el propio texto del periodista italiano Carlo Lorenzini o Carlo Collodi (1826-1890)– o la versión cinematográfica de la novela *El Señor de las Moscas*, escrita por el Premio Nobel inglés William Holding (1911-1993). Tras nuestros párpados se develará el país de Nuncajamás o la isla desierta a donde llegó un grupo de escolares luego de sufrir un accidente de aviación. Ambos pedazos de tierra, puros territorios de ficción, son habitados únicamente por niños y en ellos hacen y deshacen a su antojo. ¿Qué elemento hay común en ambas historias? Sin pensarlo dos veces me atrevo a decir que es el juego.

Nada reporta tanto placer a un niño que entregarse en cuerpo y alma a un juego. Serán héroes o villanos, intentarán con el rol de padres, querrán demostrar ciertas destrezas y arrojo respecto a otros niños. En fin, divertirse, hacerlo despreocupadamente, porque eso es lo que verdaderamente

La niñez no es solo el espacio donde tan bien se estuvo. Eso lo sabe el adulto. A esa edad tan temprana también padeció el dolor, la afrenta, la burla, el infierno y tuvo que ingeniárselas para resistir el embate del macho alfa, inventarse escaramuzas, hacerse del más útil ardid para no salir tan mal parado y al final hacer cuanto se proponía.

Pero están los que se resisten a abandonar ese territorio mítico que es Neverland. Pasan los años y seguirán no llevando un niño dentro, sino siendo ellos mismos eternamente niños –y no me refiero a aquella tesis de que el ser más político es el infante toda vez que está siempre generando deseos y vive intensamente al margen de las rígidas normas y leyes que impone la sociedad. Son niños barbados, impúberes con bigotes o sin ellos que rondan los 25, los 30, incluso hay quienes siguen siendo niños pasados los 50. Niñas con senos y caderas bien formadas, chicos que fuman, beben y fornican, que a la par trabajan, ganan un salario y además desean hacerlo despreocupadamente, como en un eterno juego, sin pensar nunca que habrá otro chiquillo

más que grises se las vieron negras. Rodaron cabezas. Algunas fueron a parar allende los mares, otras en oscuras bibliotecas o calenturientas fábricas –no está de más imaginar otro terrible y oscuro rincón a donde pudieron haber sido confinadas las víctimas– y todo gracias a una serie de parámetros que se debían cumplir para devenir en nuevo y útil engranaje de la flamante maquinaria política y social que movería a todo el país hacia el paraíso soñado –¿vale aclarar cuál es ese paraíso?, porque todos sabemos que el motor del carro de la Revolución no ha disminuido sus r.p.m. para llegar al mítico destino soñado antes de 1959. Y tantas cabezas rodaron por el suelo que hubo de todo en la viña del señor –miedo, odio, infinitas ganas de que en algún momento guillotinaran a quien los había hecho guillotinar, pero a la par hubo quien apostó por seguir haciendo lo que hasta ese momento hizo: al margen de todo, de todos (y todo y todos no es otra cosa que “funcionarios” e “instituciones”)– a lo largo de un terrible período dizque “quinquenio”, dizque “gris”, aunque hay quienes insisten en sumarle unos añitos y más tintura a ese período.

héroes o villanos

demostrar ciertas destrezas y arrojo, divertirse, hacerlo despreocupadamente, nada reporta t a n t o placer a un niño

les importa. Pero hay en todo grupo de niños similitudes con las manadas de lobos. Además de la necesidad de formar pequeños clanes para sus divertimentos, siempre habrá algún chiquillo con las características de un macho alfa o una hembra temeraria, ruda. Durante el juego surgen los retos y todo deja de ser ingenuo, cándido, para entonces volverse grave. Si en *Pinocho* la consecuencia de la despreocupación y el abandono a las travесuras desembocan en la estupidez del asno, en *El Señor de las Moscas* los juegos transitarán del bello territorio de la inocencia a la más terrible barbarie.

En su novela *El libro de la risa y el olvido* el viejo Milán Kundera dejó caer en el espacio de la ficción otra isla habitada por niños. Y aquí también las travесuras cruzarán el noble espacio de lo paradisiaco para adentrarse en el puro tormento. Y en este caso es un adulto quien padecerá las travесuras de los niños.

que también juega, pero que se tomará sus travесuras muy en serio, y más temprano que tarde le hará saber que no todo es placer, no todo es pura risa, y es en ése momento cuando un violento golpe los tomará desprevenidos.

Los he visto. Los hay en todos lados.

Pongamos como ejemplo un país, uno al azar: Cuba. Necesitamos ahora un período de tiempo. Como no hay nada mejor que un pasado reciente digamos entonces finales del año 2006 y lo poco que va de este 2007. Para reducir todavía más las cotas necesitamos un escenario, un territorio de juegos: Ciudad de La Habana. Es aquí en la capital donde se perpetraron tres programas televisivos en los cuales sacaron su cabeza unos señorotes que otrora se tomaron su rol muy pero que muy en serio, tanto, que muchos creadores (artistas plásticos, escritores, gente del mundo de la danza, el teatro, el cine y la música –y que me perdonen los que he dejado fuera),

De aquella etapa, salida de la caja de Pandora gracias a los tres programas que se perpetraron en la TV cubana, he decidido sacar con pinzas algunas confesiones develadas en los debates organizados para analizar el “Quinquenio gris”. Alegremente he dejado a un lado las opiniones de aquellos que fueron testigos o víctimas de aquellos años para apropiarme de las reflexiones de los que, por la edad, se enteraron a destiempo del embate de la parametrización. En la sala que sirvió de sede al encuentro con los jóvenes una persona del mundo del teatro levantó no una sino las dos manos para pedir la palabra. Luego de presentarse dijo en síntesis su currículo y lo que padeció y padece gracias a las decisiones de una funcionaria que no está residiendo actualmente en el país. Esta persona, que no dejó en dudas su valía en el universo de las tablas, pues precisó de quién había sido alumna e incluyó en su alocución los premios y alguna de sus obras puestas en escena, lamentaba que, gracias a la decisión de aquella “funcionaria”, no podía regresar al Instituto Superior de Arte y compartir su vasta experiencia con nuevos estudiantes. Es bien triste no poder contar con ella para formar a nuevas generaciones, es un gran saber que se irá perdiendo. Esa persona también lamentaba sus infructuosos esfuerzos para que las instituciones le asignaran un espacio en el cual pudiera realizar sus ensayos con un grupo de teatro. A

pesar de que ha puesto sus recursos personales en un raro lugar de la ciudad que sabía inutilizado, no ha recibido respuestas. Un relato intenso. Triste. Supongo que buena parte de su talento lo vertió en los más menos tres minutos que por disciplina y equidad les eran asignados a todo el que deseara hablar. Me conmovió.

Otra persona, mucho más joven y que se desempeña en la actuación, específicamente en la TV cubana, preguntaba qué hacía la censura en los momentos de decidir si es sensato permitir la puesta en pantalla de un programa de baja estofa. Esa persona fue puntual y dijo el nombre del programa en cuestión. Se lamentaba de las malas actuaciones y confesó que se consideraba buena en su oficio y que lo podía hacer mucho mejor que cualquiera de los que fueron elegidos en el casting, pero se quejaba, ay, de las oportunidades. Su confesión fue igual de intensa. Esa persona es marginada por partida triple, además es rockero y gay. Sabía matizar la voz, administraba muy bien los silencios, gesticulaba. Me conmovió. Supongo que buena parte de su talento lo vertió en los tres minutos asignados para hablar ante los organizadores del debate. Hubo más, mucho más. Algunos se quejaron de que no se reeditaban viejos títulos de los pensadores de la izquierda –libros que saben están en los anaqueles de la Biblioteca Nacional y que además han leído–, alguien pidió la instauración del Premio Nacional de la Censura para saber a ciencia cierta quién se encargaba de guillotinar las obras y las alas de los creadores, también se exigió, más que pedir, ayuda y presencia en los circuitos de cine para los jóvenes artistas del medio audiovisual, se cuestionó si en Cuba se ponía en práctica más de una política cultural, que la prensa nacional reflejara lo que realmente sucede en el país, for example la batalla de los e-mail motivada por esos muertos oscuros que son el dúo Pavón-Serguera. Hubo más. Fue estimulante y bello verlos arrancar aplausos tras verter sus opiniones. Sus apuestas son puras, son críticas sus posiciones y su intención no es otra que favorecer las r.p.m. del motor del carro de la Revolución. Merecen todos ser escuchados y sus exigencias atendidas, les duele no ser tomados en cuenta y que los mecanismos de censura les corten el paso. ¿Pero cuál es el pequeño desliz que comenten?: olvidar que todo espacio social es un territorio cruzado por duras líneas de fuerza, que todo empeño aglutinador es también excluyente por defecto –incluso son excluyentes sus propias apuestas–, pensar que el espacio de la creación es puro y no puede ser sino un extenso campo de margaritas donde todo es placer mientras se escribe una pieza de teatro, se imparten conferencias, se filma un guión o se dibuja el paisaje. Estos adultos quieren disfrutar mientras trabajan, y este “disfrutar” no es el placer de la zozobra en el difícil arte de crear, es el placer del juego y se han visto sorprendidos por la rudeza del espacio donde han interactuado. Algunas de sus travesuras se han visto truncas por la severidad del macho alfa, de la hembra líder, es decir: por los “funcionarios” y las “instituciones”. Es lógico que esos seres puros se sientan deprimidos, decepcionados. Lo han dicho. Y duele. Pero sus comentarios no son diferentes a los

balbuceos del niño cuando se les prohíbe seguir con sus diabluras. ¿Por qué, en vez de balbucear, no fundan un espacio propio de reunión para dialogar entre ellos, crear, polemizar, impartir talleres a nuevas generaciones, ensayar una obra, discutir y exhibir los documentales y cortos filmados mientras se espera por una respuesta de los “funcionarios” y las “instituciones” –que en su impetuosa e inmensa labor de aglutinación por defecto excluyen? ¿Por qué no vuelven su cabeza hacia atrás y miran, alegremente, a aquellos que a pesar del ostracismo en el que fueron sepultados siguieron creando –lo hicieron muy pero que muy al margen? ¿De los que fueron condenados al silencio algunos no han sido rescatados y forman parte ya de la “cultura nacional”? Pensar es crear. Crear es resistir.

En sus balbuceos, estos eternos niños piden eliminar la censura u otorgar un premio nacional para hacer visible y otorgarle un rostro a quien está detrás de esos engranajes. Quieren jugar en el apacible campo de margaritas y saber cuándo y por dónde llegará la tormenta para ponerse a buen recaudo. Libertad total de creación es lo que quieren y para ellos eso es sinónimo de libertad para seguir jugando, pero en sus travesuras olvidan que lo importante, es encontrar la grieta, la fisura tras la cual podrán sortear los engranajes que pone en marcha el macho alfa. La grieta, como la verdad, está ahí afuera y no son pocos los que sacan partido de ellas, basta mirar algunas zonas del panorama cultural del país.

Es cierto que duele que barran con tu espacio físico de reunión, de eso se quejaba aquella persona marginada por partida triple. ¿Pero de qué sirve saber que con su talento podría mejorar un programa de baja estofa, o lamentarse de que los rockeros ya no tienen el parque de siempre o que a los gay les suceda otro tanto?

El niño desesperado podría llegar al extremo opuesto donde sabemos pueden conducir los juegos.

¿Será más sensato dialogar con los “funcionarios” y las “instituciones” que dialogar sobre los “funcionarios” y las “instituciones”?

¿Tendría sentido una guerrita civil?

¿O será más sensato creer que la vida es un desierto a poblar y asumir entonces la filosofía del nómada y tener entonces como sitio ideal para el encuentro, la polémica, el intercambio de intensidades e ideas cualquier rincón del país, de la ciudad, del propio cuerpo?